

calidades poéticas. Es cierto, atendida su extension, que no se hizo para la relacion en que está intercalada; y aun lo es mucho mas que no se debe al ingenio de Hesíodo. El que describió el escudo de Hércules tenía presente la descripcion del de Aquiles, y hasta pudiera afirmarse que en ciertas partes se empeñó en rivalizar con Homero. En otro capitulo hemos citado, á propósito del canto de himeneo, la relacion de un cortejo nupcial, segun el escudo de Aquiles. Trázase una escena parecida en la descripcion del escudo de Hércules, con circunstancias análogas y en términos á veces idénticos. Esa descripcion provendrá indudablemente de alguna grande epopeya, pues los himnos religiosos, por su brevedad, no consentian tales accesorios. Seria perder tiempo investigar el nombre del poeta que la compuso, y el siglo en que este vivió: solo puede afirmarse que dicho poeta no es Hesíodo, ni tiene la entonacion, ni el estilo, ni siquiera el habla del autor de la *Teogonía* y de las *Obras y Dias*.

Obras atribuidas á Hesíodo.

Atribuíanse antiguamente á Hesíodo una infinidad de obras hoy perdidas, de las cuales apenas quedan los títulos: como por ejemplo, un poema didáctico sobre la equitacion, intitulado *Lecciones de Quiron*; otro poema didáctico sobre la *Ornitomancia* ó arte de adivinar los agüeros de las aves; la *Melampodia*, epopeya en honor del famoso rey adivino Melampo de Argos; el *Egimio*, otra epopeya en honor de un héroe dorio de este nombre, amigo y aliado de Hércules; algunos poemas mas cortos, ó bien fragmentos épicos, como el *Casamiento de Ceix*, el *Epitala-*

mio de Peleo y Tétis, la *Bajada de Teseo y Piritoo á los infiernos*, etc.

Era el nombre de Hesíodo uno como centro poético, alrededor del cual se habian agrupado casi todas las producciones de la que pudiéramos llamar escuela beocia, aquellas cuyos autores habian guardado el anónimo, ú ocultándose á la sombra del poeta nacional de los eolios. No era empero universal la creencia en la autenticidad de esas obras, y hasta hubo algunos que llevaron algo léjos su escepticismo: de forma que en tiempo de Pausanias los beocios calificaban de espúreos, no solo los poemas há poco citados, sino las *Eeas* y tambien la *Teogonía*. Segun ellos, el único poema que dejó Hesíodo, era el de las *Obras y Dias*. ¿Qué importa que Hesíodo fuese mas ó menos fecundo? Aunque no hubiese compuesto mas que las *Obras y Dias*, tambien hubiera merecido que los griegos le tuviesen por un poeta de primer orden, y que su nombre figurase tan repetidamente al lado del de Homero.

CAPÍTULO VI.

Himnos homéricos y poemas cíclicos.

CARÁCTER DE LOS HIMNOS HOMÉRICOS.—HIMNO Á APOLO DELIO.—HIMNO Á APOLO PITIO.—HIMNO Á MERCURIO.—HIMNO Á VÉNUS.—HIMNO A CÉRES.—HIMNO Á BACO.—EL CICLO POÉTICO.—ESTASINO.—ARCTINO.—LÉSQUES.—AGIAS Y EUGAMON.—LA TEBAIDA, LA HERACLEIDA, ETC.

Carácter de los himnos homéricos.

Los himnos que poseemos con el nombre de Homero pueden colocarse entre los mas antiguos monumentos de la

poesía griega. Los mas de ellos, como ya lo hemos observado, no son mas que preludios, prólogos, ó segun la expresion griega, proemios, que servian de introduccion á los cantos épicos recitados por los rápsodas. El uso de comenzar toda recitacion poética con una invocacion á los dioses, data indudablemente de la mas remota antigüedad; siendo así, algunos proemios homéricos son poco menos que contemporáneos de la *Ilíada* y la *Odisea*; y por mas recientes que se supongan, los mas de estos himnos no pueden pertenecer á una época muy posterior á la de las Olimpiadas. Aquí solo hablamos por memoria de estas insignificantes producciones. Digamos empero que en la coleccion hay algo mas que proemios: hay obras importantes, así por su extension como por su valor literario, las cuales merecen por algunos momentos nuestra atencion. Esas grandes composiciones, tan largas como rapsodias enteras, bastaban para ocupar por sí solas el tiempo que los oyentes concedian á cada recitacion. Cada una existe por sí misma: cada una forma un todo completo. No son himnos verdaderos, letanias como las que se cantaban ante el altar de los dioses: antes bien son breves epopeyas mitológicas. Los autores no eran, como los rápsodas de los proemios, poetillas cuyo esfuerzo producía una ó dos docenas de versos, tomados tal vez de aquí y allá. Eran verdaderos hijos de la Musa; eran hombres de la raza de los que forman el primer eslabon de la cadena de que Platon nos habla.

Himno á Apolo Delio.

Bien pudo Tucídides, sin desacreditarse con las perso-

nas de gusto, creer en la autenticidad del *Himno á Apolo Delio*, y citar largos pasajes del mismo con el nombre de Homero, pues así por el pensamiento como por el estilo, no es muy indigna esta composicion del autor de la *Ilíada* y la *Odisea*. Sin embargo, negamos resueltamente que sea de Homero, aunque el himno se ponga en boca de este poeta, lo cual es un ardid literario del mismo linaje que el de Andrés Chenier en su famosa elegía. Nos fundamos especialmente en la alocucion á las jóvenes de Délos: «Acordaos de mí en adelante; y si un dia algun extranjero, algun aventurero viandante os pregunta al llegar á estos lugares: Jóvenes, ¿quién es el aeda mas armonioso de los que frecuentan esta isla, quién cuyos cantos os deleitan mas?» respondió unánimes estas benévolas palabras: «Es un ciego que habita en la montuosa Chios; todos sus cantos disfrutan para siempre de un renombre incomparable (1).» Nunca habló Homero de tal suerte. El autor del himno, algun homérica de Chios probablemente, llevado de la admiracion, pone en boca de Homero lo que él mismo piensa, lo que pregonaria en los cuatro ángulos del mundo. Algunos han atribuido este fragmento poético á Cineto, el homérica mas célebre cuyo nombre se nos ha transmitido; pero esta opinion no es muy probable, si ese rápsoda vivía, como comunmente se cree, en la época de Píndaro y Esquilo, esto es, muy poco tiempo antes de Tucídides.

La obra es incompleta. Segun todas las apariencias, faltan en ella una parte del principio, la relacion de la rivalidad de Juno y Latona, y los pormenores de las correrías errantes de la madre de Apolo. A lo menos entra el poeta algo

(1) *Himno á Apolo Delio*, v. 466 y sig.

violentemente en materia, despues de la doble invocacion á Latona y su hijo. Refiere cómo Délos dió hospitalidad á la diosa perseguida, y como Apolo nació al pié de la palmera despues tan celebrada, trazando en seguida un magnífico cuadro de las fiestas de Délos: «Pero tú, Febo, Délos es el lugar mas grato á tu corazon. Allí se juntan los jonios de ropaje talar, con sus hijos y castas esposas. Entréganse en honra tuya á las luchas del pugilato, de la danza y del canto. Aquel creyera ver inmortales eternamente exentos de vejez, que visitase á Délos cuando en ella se han reunido los jonios: al contemplar tanta belleza, alegrariase en el alma, admirando á aquellos hombres, á aquellas mujeres de gracioso talle, aquellas rápidas naves, aquel cúmulo de riquezas. Añádase aquella gran maravilla de gloria imperecedera, las vírgenes delias, sacerdotisas del dios que hieren de léjos. Primero cantan á Apolo, luego recuerdan á Latona, y á Diana que gusta de arrojar flechas; tambien celebran á los héroes y heroínas de otro tiempo, y suspenden á la muchedumbre de los hombres. Saben imitar las voces de todos los pueblos, y el sonido de sus instrumentos. No parece sino que uno se oye hablar á sí mismo, tanta armonía y belleza hay en sus acentos (1).» Eso, mucho mas aun que la creencia de Tucídides, prueba que el *Himno á Apolo Delio* no es de un contemporáneo de Milciades y Temístocles. Su autor fué un hombre de los tiempos antiguos que vió á los jonios en aquella gloria y opulencia, y hasta afirmamos que solo un compatriota de Homero podia cantarlos con tanto entusiasmo. En sus versos observamos el

(1) *Himno á Apolo Delio*, v. 146 y sig.

sentimiento de la grandeza nacional; y en su pecho, como en el de Homero, late un corazon jonio.

Himno á Apolo Pitio.

Muchos son los editores que posponen equivocadamente el *Himno á Apolo Pitio* al anterior, como su continuacion natural, siendo así que no pertenece á la misma escuela poética, ni al mismo órden de ideas. Es la relacion, bajo una forma mítica, del establecimiento del culto de Apolo en la Grecia continental: relacion que ciertamente no debemos á Homero, como lo prueban, entre otras circunstancias, las palabras que el himnesto pone en boca de Juno respecto de Vulcano. Dice Juno que ella misma arrojó á su hijo de lo alto del cielo; que Vulcano cayó al mar, y fué recogido y criado por Tétis. Quien haya leído el pasaje de la *Iliada* en que Vulcano refiere su propia malaventura, no negará que ambas tradiciones difieren absolutamente. Tampoco fué un homérica de Chios, un jonio de Asia el que celebró el santuario de Crisa; sino mas bien algun aeda de las comarcas vecinas del Parnaso, quizás algun heredero de la musa de Hesíodo, conocedor empero de la *Iliada* y la *Odisea*, como es de ver en algunos pasajes que descubren claramente su origen, sobre todo en la enumeracion de los países que recorre la nave cretense conducida por Apolo.

Este himno es asimismo de una antigüedad bastante remota. Es anterior á la guerra de Crisa y á la introduccion de las carreras de caballos en los juegos Píticos. En tiempo del poeta aun habia en Crisa el templo de Apolo, y la razon principal de haberse decidido el dios á elegir aquel lugar prefiriéndolo á otro cualquiera, es que allí nun-

ca se oía el ruido de los corceles y de los carros. No hay en todo el himno cosa alguna digna de mencion particular. Sin embargo, no carece de mérito: la narracion es viva é interesante, la composicion acertada y bien dispuesta, y el estilo tiene aquella brillantez templada que nunca falta á los hombres de algun talento. Carece, sí, de originalidad. Es lo que se llama una obra apreciable. Por eso nós limitamos á dar de ella una idea en pocas palabras.

Baja Apolo del Olimpo, y busca en Grecia un lugar para construirse un templo. Una ninfa de Beocia, Telfusa, le aconseja que se fije en Crisa, en la ladera del Parnaso. Eso era un lazo que le tendia maliciosamente, pues sabia que en aquella comarca tenia su madriguera una terrible serpiente, y que el dios correria graves peligros. Sigue Apolo el consejo de la ninfa: edifica su templo en el solitario valle de Crisa; pero mata al mónstruo, y para castigar la perfidia de Telfusa, hace desaparecer la fuente en que presidia la ninfa, bajo un derrumbamiento de peñas. Tráformase Apolo en delfin, y guia á Crisa un bajel tripulado por cretenses de Gnosa. A invitacion del dios, fijan estos allí su residencia, y llegan á ser sacerdotes y guardianes del nuevo santuario.

Himno á Mercurio.

El *Himno á Mercurio* carece absolutamente de la gravedad religiosa que distingue á los dos himnos á Apolo. Parece un cuento casi jocoso, escrito por el estilo de la relacion de los amores de Marte y Vénus en la *Odisea*. Conócese en la jovialidad del poeta que este no abriga la menor pretension de sacerdote y jerofante, y que para él únicamente se trata de versos y de poesia. El Mercurio á quien

canta es un recién nacido; pero este maravilloso niño deja su cuna y vasa á la Pieria á robar los bueyes de Apolo; condúceles á una gruta cerca de Pílos, ocultando su mancha con diestros ardides; luego, á guisa de sacrificador consumado, degüella y despedaza dos victimas, y ofrece con ellas un solemne homenaje á los diferentes dioses. Por el camino habia encontrado una tortuga, la cual en sus industriosas manos se convirtió en lira. Sirvese del nuevo instrumento para calmar á Apolo, que ha adivinado al ladrón de sus bueyes, y los dos hijos de Júpiter contraen estrecha intimidad. El himno, aunque algo largo, es de amena lectura; manifiesta mucha viveza de imaginacion, pero discretamente. Es una poesia graciosa, mas no una obra de genio. El *Himno á Apolo Pitio* y el que nos ocupa son casi contemporáneos. La lira de que se trata en el *Himno á Mercurio* es un instrumento heptacordio, y sabemos que Terpandro completó la lira, añadiendo tres cuerdas al antiguo laud de los aedas. Por lo tanto, el *Himno á Mercurio* hubo de componerse despues de la invencion de Terpandro, esto es, hácia la segunda mitad del siglo VII antes de nuestra era; y el *Himno á Apolo Pitio* se compuso anteriormente á una guerra que pertenece á la primera mitad del siglo VI.

Himno á Vénus.

El *Himno á Vénus* refiere los amores de la diosa con el troyano Anquises. Vénus se aparece á Anquises en el monte Ida, on figura de jóven princesa frigia; pero al irse dase á conocér anunciando á Anquises que de ellos nacerá un hijo, y prohibiéndole que nunca revele el secreto del misterioso nacimiento de ese niño, si no quiere incurrir en la venganza.

za de Júpiter. El *Himno á Venus* será de algun homérida. Todo en él, digámoslo así, sabe á Homero: el mismo argumento, el tono general del estilo y el cuidado del poeta en no apartarse de la tradicion consagrada por Homero. Este habia dicho: «Eneas reinará sobre los troyanos, y los hijos de sus hijos, en los siglos venideros (1).» Y dice el himnesto: «Tendrás un hijo que reinará sobre los troyanos, y su posteridad nunca se extinguirá (2).» Tambien se conjetura que este canto se compuso para halagar la vanidad de alguno de los príncipes de los países vecinos del Ida, quienes pretendian descender de Eneas, y cuyas familias aun subsistian hácia la época de la guerra del Peloponeso. Nadie podria fijar, á no ser con la diferencia de dos siglos, la fecha del *Himno á Venus*. Por lo demás esta poesía es bastante corta, y consiste en una narracion rápida y flúida, que mas se distingue por no tener defecto alguno que por reunir grandes calidades.

Himno á Cérés.

De todos los himnos homéricos, el mas precioso es sin disputa el *Himno á Cérés*, descubierto en el último siglo por el célebre filólogo Ruhnkenius. Este himno es, al par que un monumento histórico de eminente importancia, una obra hecha por mano maestra. Que el poeta fué un iniciado de los misterios de Eléusis, en esto no cabe duda; y segun todas las probabilidades, de cuantas producciones se conocen de la musa ática, esta es la mas antigua. Leyendas, ritos, ceremonias, hasta la eleccion de ciertos nombres y de cier-

(1) *Ilíada*, canto XX, v. 307 y 308.

(2) *Himno á Venus*, v. 197 y 198.

tos giros de estilo, el *Himno á Cérés* reúne todas las condiciones y circunstancias de un poema ateniense. No es empero uno de aquellos cantos llamados *teletes*, ó cantos de iniciacion. Su carácter es sencillo y popular; el poeta se dirige á los profanos, pero con un designio religioso: celebra la gloria del santuario de Eléusis; ensalza la dicha de los iniciados en esta y en la otra vida; procura evidentemente inspirar á los hombres el respeto á los sagrados misterios y el deso de tomar en ellos parte. Por consiguiente, el *Himno á Cérés* no es, como los demás, una composicion pomposa, un simple juego de imaginacion, una explanation de un tema mitológico, no: es religion, casi culto, casi liturgia.

Eso explica que algunas veces estuviese el poeta tan felizmente inspirado. Su piedad le eleva á lo patético, como el patriotismo jónico elevaba á la dignidad y á la entonacion de Homero al autor del *Himno á Apolo Delio*. La Cérés cuyas tribulaciones narra, es una verdadera madre. Pluton la robó su hija, y ella, inconsolable de esta pérdida, busca en todas partes, hasta que por fin sabe de Proserpina. Los eleusinos, que habian dado hospitalidad á Cérés sin conocerla, levántanla un templo despues que les ha manifestado su presencia. Sin embargo, irritada la diosa contra los hombres, niégales sus dones de costumbre. Aplácala Júpiter devolviéndola su hija; y en virtud de una avenencia que reconcilia á todos, Proserpina debe pasar alternativamente los dos tercios del año con su madre, y el otro tercio con su esposo. Habiendo Cérés recuperado la alegría y la dicha, enseña á los eleusinos, en pago de su hospitalidad, las sagradas ceremonias de sus misterios.

Semejante leyenda era de seguro idónea para conmover

el alma de un creyente. El poeta sufre por el dolor de Céres. Hé aquí los términos en que describe la entrada de la diosa, disfrazada de vieja, en el palacio de Celeo: «Céres, la diosa de las estaciones y de los ricos presentes, no quiere ocupar el magnífico asiento que la ofrecen. Permanece callada, y con los bellos ojos bajos. Pero la prudente Iamba la trae un asiento de madera, y lo cubre con una blanca piel de oveja. Ocúpalo Céres, y con las manos se pone el velo sobre el rostro. Permaneció sentada un gran rato, sumida en su dolor, sin pronunciar palabra, sin dirigirse á nadie con la voz ni con el ademan: estaba allí inmóvil, afligida, olvidada de comer y de beber, y consumida por el deseo de ver á su hija (1).» La entrevista de la madre y de la hija, delante del templo de Eléusis, era una escena admirable, llena de animacion y gracia; pero el tiempo ha destruido en parte sus rasgos. Con todo eso, bajo las frases truncadas que quedan, todavía resplandece algun rayo de la belleza antigua. Júzguese sino: «Para Mercurio el carro delante del templo odorífero de sacrificios, donde residia Céres la de la bella corona. En viendo á su hija, precipitóse como una furia al través del selvoso monte. Proserpina, á su vez... hácia á su madre... salta del carro, corre... La madre... pero... Hija mía! etc (2).» Es mucha lástima que no tengamos íntegro el *Himno á Céres*. Aun hay otros claros, y algunos mas considerables, en esta obra, una de las mas ricas joyas del tesoro poético de las edades antiguas.

Himno á Baco.

Es de suponer que el *Himno á Baco* se concibió primiti-

(1) *Himno á Céres*, v. 192 y sig.

(2) *Ibid.*, v. 385 y sig.

vamente con proporciones no menos vastas que todos los precitados; pero no queda mas que un corto fragmento, consistente en la relacion del cautiverio del dios en un baje! tripulado por piratas tirrénicos, y de la venganza que habia tomado de sus raptores; por manera que el himno se halla reducido á las dimensiones de un sencillo proemio, sin tener de tal la forma ni el estilo. Indudablemente es un fragmento de una obra mas considerable. Por lo demás, si toda la composicion no valia mas que la muestra, la pérdida no debe causarnos mucho sentimiento respecto del estilo y la poesía, si no de la parte mitológica.

El Ciclo poético.

La opinion vulgar atribuia tambien á Homero las mas de las epopeyas llamadas cíclicas, porque formaban junto con la *Iliada* y la *Odisea* un gran ciclo, esto es, un círculo compuesto de una série de poemas enlazados entre sí. Segun algunos, el ciclo poético comenzaba al principio del mundo y terminaba á la muerte de Ulises. Dábase mas particularmente el nombre de poemas cíclicos á las epopeyas cuyo argumento suministraran los sucesos de la guerra de Troya, y con las cuales se propusieron sin duda los autores completar la obra de Homero. De seguro es notabilísimo que ninguno de aquellos poetas usurpara los dominios de la *Iliada* y la *Odisea*. Tenian pues en sus manos estos mismos poemas, y no simplemente aquel fárrago épico del cual Wolf y sus secuaces opinan que los sacaron. Si se contentaron con las sobras de los festines de Homero, es porque sabian al parecer lo que Homero tomara para sí, y nadie respeta lo que ignora. Aquellos poetas merecian tener ta-

lento, pues preciaban dignamente el genio; pero los críticos antiguos, que tenían sus obras á la vista, distan mucho de prodigarles alabanzas. Los alejandrinos nunca les contaron en el número de los clásicos; y sabemos que de un poeta cíclico tomó Horacio el verso que cita como ejemplo de un principio ambicioso y de mal gusto, y á cuyo lado pone los dos primeros versos de la *Odisea*.

Estasino

Dice la tradición que Estasino de Chipre recibió de Homero un poema que se conoció con el título de *Cantos chiprianos*. Apenas ofrece duda que el mismo Estasino fuese su autor. Este poema, cuyo título no indica el argumento, no era mas que un largo prólogo á la *Ilíada*, y abarcaba los principales acaecimientos anteriores á la contienda de Aquiles y Agamenon. El poeta explicaba por menudo las causas de la guerra de Troya, y se remontaba al nacimiento de Elena. Tal vez Horacio aludía á este poema cuando observaba que Homero, para referir la guerra de Troya, no sube hasta los huevos de Leda. Sin embargo, la esposa de Menelao no era, segun el autor de los *Cantos chiprianos*, hija de Júpiter y Leda: Júpiter la hubo en Némesis, y Leda la crió con los Dioscuros. A Estasino la guerra de Troya se le presentaba con sombríos colores. Lo que le causa impresión, no son las hazañas de los héroes, ni la gloria con que se cubren, sino el exterminio á que les condenó Júpiter. «Hubo un tiempo en que innumerables razas de hombres se derramaban sobre toda la extensión de la tierra de ancho seno... Júpiter, que lo vió, tuvo lástima de la tierra, que alimenta á todos los hombres, y en su sabiduría decretó ali-

viarla. Promovió el gran conflicto de la guerra de Ilion, á fin de que por medio de la muerte desapareciera el grave peso; y los héroes eran muertos en las llanuras de Troya, y cumpliase el designio de Júpiter.» Bastaría este solo pasaje de los *Cantos chiprianos* para convencernos de que el poema no es de Homero. Estasino era un mitólogo sistemático; pero explicar, no siempre es pintar; y el que se propone seguir en todo la razón, arriésgase con frecuencia á rezagarse en la poesía.

Arctino.

Arctino de Mileto continuó la *Ilíada* en una epopeya de mas de nueve mil versos, intitulada *Etiópida*. Lo mismo que Estasino, este poeta pertenece á una época muy remota, pues pasa por discípulo de Homero. La *Etiópida* principiaba á la llegada de las Amazonas delante de Troya, esto es, inmediatamente despues de los funerales de Hector. Los sucesos principales del poema eran la muerte de Memnon, hijo de la Aurora y de los etiopes, á manos de Aquiles; la muerte del mismo Aquiles, á las de Páris; el juicio de las armas; la estratagema del caballo de madera, y la toma de Ilion. Censurábase este poema por su falta de unidad, y porque comprendia un número excesivo de acontecimientos que se seguían sin estar subordinados unos á otros. Igual censura merecia la epopeya de Estasino, lo cual no justifica á Arctino. De la *Etiópida* no queda mas que un corto número de versos, especialmente los que la enlazaban con la *Ilíada*, el primero de los cuales pertenecia casi todo á Homero: «Ocupábanse en los funerales de Hector, cuando llegó la Amazona (Pentesilea), hija de Marte, dios valiente y sanguina-

rio.» El pasaje mas importante concierne á Macaonte y Podaliro, hijos de Esculapio. «Neptuno mismo les dió talentos á entrambos, é hizoles ilustres á cual mas. Gracias á él, tenia el uno las manos mas ligeras para que cortase y tajase en el cuerpo, y curase las heridas. La inteligencia del otro sabia discernir con perfecta exactitud los síntomas invisibles, y remediar los males incurables: fué el primero que notó la ira de Ajax en sus centellantes ojos y en su turbado pensamiento.» El escoliasta de Homero que nos ha conservado este fragmento, cita el poema del Arctino con el título de *Saco de Ilion*.

Lésques.

Un poeta de la isla de Lesbos, llamado Lésques ó Lesqueo, contemporáneo de Arquiloco, quiso á su vez completar la *Iliada*, y llevarla hasta el fin de la guerra. «Canto á Ilion, decia, y á la Dardania famosa por sus corceles, que hice sufrir mil males á los hijos de Danao, servidores de Marte.» Pero no se remontaba hasta los funerales de Hector. Pasó por alto lo que se referia á las Amazonas y á Memnon; y en lo demás no siempre siguió las huellas de su antecesor. Su poema, intitulado por él la *Pequeña Iliada*, tambien es conocido como el de Arctino con el título de *Saco de Ilion*. Lésques habia atendido tan poco como Estasio, ó como el autor de la *Etiópida*, á la unidad de composicion. En la *Pequeña Iliada* contaba Aristóteles mas de ocho asuntos diversos, que hubieran podido formar otras tantas tragedias independientes: el juicio de las armas, Filoctetes, Neoptolemo, Eurípilo, los mendigos, los lacedemonios, el saco de Ilion, la partida, Sinon, las troyanas. Por lo tanto,

es probable que la *Pequeña Iliada* principiaba despues de la muerte de Aquiles, á la disputa entre Ulises y Ajax. Venian luego las proezas de los héroes recién llegados al sitio, y la nueva ilustracion de uno de los héroes de Homero; en seguida la entrada de Ulises en Troya bajo un disfraz, sus aventuras en la ciudad, y todo lo que sucedió hasta el último dia de Ilion. Queda cierto número de fragmentos de este poema. Debiéramos acusar á Lésques de pobreza poética y de frialdad, á poder juzgar de su talento por estas tristes reliquias. Véase, por ejemplo, con qué sequedad de analista se limita á registrar las mas sorprendentes catástrofes, las desgracias cuya sola prevision arrancara del alma de Homero tan patéticos acentos: «Pero el ilustre hijo del magnánimo Aquiles arrastra hácia los profundos bajeles á la esposa de Hector; y habiendo arrebatado al niño (Astianax) del regazo de su nodriza de hermosa cabellera, agarróle del pié y lanzóle de lo alto de una torre: la sangrienta muerte y el terrible destino se apoderaron de la víctima. Eligió en el botin á Andrómaca, la bella esposa de Hector, cuya posesion le dieran los jefes de los confederados aqueos, como una satisfactoria recompensa de su valor. Tambien mandó subir á sus naves viajeras al hijo del belicoso Anquises, el ilustre Eneas, parte del botin entre todas distinguida, que le habian concedido los hijos de Danao para que se la llevase.» Si Lésques no hizo mas que relaciones de esa clase, no es de extrañar que la posteridad haya dejado perecer su obra y casi su nombre.

Agias y Eugamon.

El poema intitulado los *Regresos*, por Agias de Trezena,

enlazaba con la *Odisea* las epopeyas de Arctino y de Lésques. Refería Agias que Minerva, para comenzar su venganza, había excitado una cuestión entre los dos Atridas, y en seguida describía las diversas aventuras de ambos hermanos. Este era verosimilmente el asunto de que trató, pues el poema se ha citado algunas veces con el título de *Regreso de los Atridas*. Sin embargo, Agias también había dado cabida en sus cantos á Diómedes, á Néstor, al locio Ajax, que pereció miserablemente en una tempestad; y en fin, á todos los héroes cuyos infortunios excitaban, desde antes de Homero, el genio de los aedas y la compasión de los hombres. Los *Regresos* estaban divididos en cinco partes ó libros y formarían una suma de muchos miles de versos, de los cuales solo quedan tres, que no dan el menor indicio sobre el argumento del poema, pues tratan del remozamiento de Eson por Medea.

Aun queda mucho menos de la *Telegonia* de Eugamón el Cireneo, la cual era el complemento de la *Odisea* y de todo el ciclo poético. No se ha conservado un solo verso. Esta epopeya comenzaba con la relación de los funerales de los pretendientes, muertos por Ulises; mas no sabemos á punto fijo los sucesos que en ella Eugamón narraba. Telégono, su héroe, era hijo de Ulises y de Circe, y es probable que el poeta contaba los viajes de aquel jóven en busca de su padre. Telégono acababa por abordar en Itaca, donde se ponía á robar para vivir, y donde mataba á Ulises sin conocerle.

La Tebaida, la Heracléida, etc.

Desde el tiempo de Calino, ó á lo menos desde el de Herodoto, atribuíanse á Homero diferentes epopeyas cuyo ar-

gumento estaba sacado de la guerra de Tébas, y que según algunos formaban parte del ciclo poético: por ejemplo, una *Tebaida* en siete libros, de más de cinco mil versos; un poema sobre Anfiarao; otro poema intitulado los *Epígonos*. La *Tebaida* principiaba en estos términos: «Diosa, canta á Argos la ciudad alterada, donde los jefes...» En Argos fué donde se había retirado Polinice, al lado del rey Adrasto, y donde preparárase la expedición contra Tébas. Anfiarao era uno de los jefes que se habían declarado por Polinice. El poema designado con el nombre de Anfiarao es quizá la misma *Tebaida* ó parte de ella, y no una epopeya distinta. En todo caso, las desgracias de aquel prudente héroe y las trágicas catástrofes de que su casa fué teatro, hubieran bastado ámpliamente para el interés de un poema. Los *Epígonos* eran la continuación de la *Tebaida*. El argumento de aquellos era la segunda guerra de Tébas, en la cual habían figurado los hijos de los héroes del primer siglo. Citase algunas veces este poema con el título de *Alcmeónida*, por la parte que en él tomaba Alcmeon, hijo de Anfiarao. Hé aquí cómo principiaba: «Ahora, Musas, vengamos á los guerreros de la generación que siguió.» El autor de los *Epígonos* era pues el de la *Tebaida*, ó á lo menos no había tenido otra pretensión que la de ser su continuador.

Entre los poemas cuyos asuntos se deben á los hechos de Hércules, solo hay uno atribuido á Homero; y ese no era una *Heracléida* completa, sino un simple episodio de la leyenda intitulada *Toma de Oecalia*. «Creófilo, dice Estrabon (†), también era samio. Diz que había dado hospitalidad á Homero, y recibido de él como regalo el poema de

(†) Libro XIV, pag. 638.